

CAPÍTULO PRIMERO

NOVALIS FRAGMENTARIO

Novalis (1772-1801) puede ser muy bien ejemplo notable de aquel espíritu, aún en clave histórico-político-jurídica, si bien no fuera esa perspectiva la que le movió a imaginar la obra *La cristiandad o Europa* con que se dio a conocer el aristócrata pietista (al igual que Kant y Herder) un Hardenberg aristocrático. Y oculto tras *La cristiandad o Europa*⁸ su *nom de plume* hizo de la expresión de Pascal “el corazón, la llave del mundo y de la vida”⁹ clave de su propio enfoque. También lo fue (de ahí el seudónimo) la *Terra novalis*, el humus, la gleba, esa Tierra —dice Poch— “una con los muertos que rezan, más allá del río de la trascendencia”.

Novalis cursa en la Universidad de Jena la carrera de leyes (al igual que Schlegel). Ahí tomó conocimiento de la filosofía natural de Schelling, influyente en su obra. Casó muy joven con la joven hugonote Julie von Charpentier.

No fue Novalis un hombre “romántico”, “perdido eternamente en las nubes”. Su profesión de ingeniero de minas,¹⁰ que ejerció, feliz y muy satisfecho de habérselas con las realidades de la técnica y la experimentación, eran las antípodas del estereotipo romántico. Murió de tuberculosis el 2 de mayo de 1801, sin haber llegado su edad a los veintinueve años. Perteneció a la “íclita generación” (Oliveira Martins) de 1770: Saint Just, Chateaubriand, Napoleón, Beethoven, Metternich, Hölderlin, Hegel, Shelling, lo que no es poca cosa. Habría que agregar los nombres de Mme de Staël, Benjamin Constant y otros del círculo de Germaine Necker. Digna y modestamente no desmereció ante los Titanes y supo hacer de su vida laboriosa un esfuerzo constante a favor de las causas nobles, como lo fue el alegato por una Europa libre y abierta.¹¹

⁸ Friedrich Leopold von Hardenberg, “Novalis”: *La cristiandad de Europa*, traducción del alemán por M. Magdalena Truyol, Madrid, 1977, pp. 71 y ss.

⁹ Citado por A. Poch en el prólogo de la traducción castellana.

¹⁰ *Op. cit.*, pp. 24 y 25.

¹¹ ¡Cómo habría de revolverse en su tumba si supiera que Europa hoy padece de “xenofobia aguda!” y sufre a Marie Le Pen y a otros lamentables trepadores, que en el PP español forman legión de corruptos persignados con Rajoy, Aguirre y Bárcenas a la cabeza.

Novalis es el fascinante puente tendido entre dos constelaciones: la Ilustración enciclopédica francesa y el romanticismo alemán. Perteneciendo anímicamente a éste, nunca abandonó del todo el universo del racionalismo galo, más afín a Beethoven que a Goethe (en quien advertía, desilusionado, dimisiones y pequeñeces acumuladas en la prisioncilla dorada donde se encerró por propia voluntad aquel Zeus weimariano en pantuflas, casero, apoltronado, muy obediente ante el poder y despectivo ante el talento ajeno. Al igual que Beethoven, Novalis sabía que todos los grandes y famosos supieron ante los poderosos inclinarse en “cóncavas zalemas orientales” que eran, para el ingeniero-filósofo, una claudicación incalificable. Novalis prefería “el lenguaje de las flores” a los grises circunloquios reverenciales de Goethe, y gustaba de “la interpretación de las nubes” en vez de los enredosos amasijos especulativos de una “teoría de los colores”, que no dio nunca color científico alguno. En aquella aldea alemana, con su teatro sempiterno e intrascendente, no habría cabido ni la décima parte de la *Royal Scientific Society* newtoniana. Goethe, a diferencia de Newton, urdía intrigas para satisfacer pequeñeces de su entorno, en que no cabían rivales de consideración: rui señor único en esa jaula de oro, diminuta y deplorable.¹² Hubiérase avergonzado Novalis, como le ocurrió a Beethoven, acompañar en el Pratter vienés al Goethe que se descubre con servil obsecuencia al paso del carruaje imperial, desde el cual nadie se dignaba dirigirle siquiera una mirada. “Son ellos quienes tendrían que rendir homenaje al talento”, se dice¹³ que le reprochó el gran sordo republicano, renuente al gesto servil y cortesano. Goethe le encareció que fuera prudente, como él lo era excesivamente (si cabe esta contradicción ética), y, en el fondo, jamás perdonó que fuera testigo de ese su servilismo. Hubo algo mezquino en el silencio incomprensible de Goethe ante la obra de su altanero acompañante. No obstante esa reticencia y la antipatía del poeta por el brusco genio del músico, Beethoven, al final de su vida, estaba ilusionado con musicalizar Fausto, “el más importante —decía— de todos sus proyectos”, además de una Décima Sinfonía que tampoco resonaría nunca. Beethoven bien sabía que a pesar de las zalamerías del oráculo de Weimar era este genial sin duda, y que aquellas letras perdurarían más allá de las insignificancias y miserias con las que agradecía a Mecenas las liberalidades espléndidas que lo mantuvieron sedentariamente alejado de toda preocupación por sus medios de vida, al abrigo de las inclemencias del tiempo político e ideológico que le

¹² Cansino Assens, Rafael, *Goethe. Una biografía*, Madrid, 1968.

¹³ Romain Roland lo afirma en sus *Vidas ejemplares* que el grupo vasconcelista imprimió, en México, en 1923.

cupo vivir, aunque no sufrir, pues el suyo fue un plácido reinado en aquel Olimpo liliputiense.

Es quizá Novalis el más importante de los pensadores políticos entre los primeros románticos y quizá también uno de los que más ha influido en el pensamiento político posterior. Su obra doctrinal, en general y especialmente en los aspectos políticos, es una fábrica de ideas fascinantes y, a veces, de pensamientos contradictorios: constituye una cantera más que una construcción terminada, de cuyos bloques otros se aprovecharán.¹⁴

En su taller ideológico, los materiales y los modelos venían de la Revolución francesa y del historicismo de Herder,¹⁵ del organicismo político-romántico, de la reviviscencia religiosa como reacción al materialismo ateo de la Ilustración enciclopedista y del ideal europeísta de una cristiandad unificadora,¹⁶ frente a Prusia y “su estrecho nacionalismo, burocrático y militarista”. No deja de ser inquietante, aunque congruente finalmente, la tesis suya de que para llegar a ser y seguir siendo hombre es necesario un Estado. Un hombre sin Estado es un salvaje. Toda cultura nace de la relación del hombre con el Estado, pero no de un Estado mecánico, sino orgánico, organismo vivo y fértil y no mera red de instituciones legales y defensivas (al modo de Kant y Humboldt y más allá también del contractualismo de Locke). El opúsculo de Novalis, “Europa o la cristiandad”, parte de una romántica Edad Media idealizada, una “sociedad pacificadora” que Novalis, en medio de las guerras napoleónicas, tenía obligadamente como desiderátum.¹⁷ Tanto que, para exaltarla, no tiene reparos en sostener que “con razón se oponía la prudente cabeza de la Iglesia a una descarada educación de las disposiciones humanas a costa del sentido divino y de descubrimientos inoportunos y peligrosos en el campo del saber”, con lo que se deslindaba radicalmente de las tesis de la Ilustración. No tiene dudas tampoco al advertir

cuán benéfico, cuán adecuado era este gobierno, esta institución, a la naturaleza entera de los hombres, pues lo revelaba el poderoso auge de las otras fuerzas humanas, el desarrollo armónico de todas las disposiciones, la peligrosa altura que alcanzaron algunos hombres en todas las materias de las

¹⁴ Poch, A., *op. cit.*, p. 51.

¹⁵ En *Derechos entre adversidades*, México, UNAM (Instituto de Investigaciones Jurídicas 2014), hemos abordado algo de la filosofía de la historia de Herder.

¹⁶ Poch, *op. cit.*

¹⁷ Las citas subsiguientes se refieren a la traducción castellana de Truyol publicada en Madrid (1977).

ciencias de la vida y del arte y el tráfico comercial, floreciente en todas partes, de mercancías espirituales y terrenales en el ámbito de Europa e incluso hasta la India más lejana.

A pesar de su pietismo, Novalis pensaba que lo auténticamente cristiano había sido lo religiosamente católico. Alguien ha querido ver en ello una inexistente (aunque posible) conversión a la fe romana, por cierto ya metida en muchas problemáticas teológicas y políticas. El horror sembrado por las devastadoras guerras de religión a partir de la reforma luterana y sus hondas consecuencias en todos los órdenes de la vida, esa “gran escisión interior”, no hizo sino mostrar cuán erróneo —a su entender— había sido el camino elegido, la fractura de la unidad espiritual europea para acabar en manos de príncipes muy distanciados de la piedad cristiana, que miraban, ante todo, por sus privilegios y nada veían por la salud espiritual de sus vasallos, privados de las bellezas litúrgicas y los consuelos de la religión popular, con reliquias, indulgencias y peregrinaciones, a cambio de una “libre interpretación de la escritura”, que solamente interesaba a unos cuantos doctos clérigos y a monjes exclaustrados, que así rompían las cadenas intolerables de los votos perpetuos contraídos con la “Gran Prostituta de Babilonia”, la Roma del escándalo y el crimen, cuya decadencia era bien patente en la obscena ordinariez del bajo clero, que había perdido el respeto popular al abandonar el estudio y la oración en aras de bombásticas predicaciones y de oscuros tratos mundanos mediante una relajada casuística moral, acorde con el gusto de los poderosos del momento. Los jesuitas fueron señalados como campeones de estas condescendencias. Pero eso es discutible.

Con razón se llamaron a sí mismos protestantes los insurgentes, puesto que protestaron contra toda pretensión de un poder que aparecía incómodo e ilegítimo para actuar sobre la conciencia. Le quitaron, por de pronto, su derecho, cedido tácitamente, respecto del estudio, la regulación y la elección de la religión, considerándolo como vacante y lo recabaron para sí. Establecieron también gran cantidad de principios verdaderos, e introdujeron gran cantidad de disposiciones nocivas; pero olvidaron el resultado necesario de su proceso; separaron lo inseparable, dividieron la Iglesia indivisible y se apartaron, pecaminosamente, de la sociedad cristiana, por la cual solamente la cual era posible el auténtico, y duradero renacer.

A Novalis le repugnaba el tramposo principio que logró la tregua en esa guerra absurda: *cuius regio eius religio*, tesis en virtud de la cual la confesión religiosa del príncipe se convertía, *eo ipso*, en la de sus súbditos, lo que era solamente un expediente político y un grave atropello que no solucionaba

ni de lejos el problema moral y religioso de fondo ni, mucho menos, la creciente exigencia por la juridización de la libertad religiosa, que aflorada en el siglo XVII daría logrados frutos en Locke y, más tarde y, de otro modo, en Jefferson.¹⁸

No sin cierto sentido de humor negro concluyó Novalis diciendo que, perdida la gran influencia política de la religión, destruido el interés religioso cosmopolita, Lutero trató en general al cristianismo de un modo arbitrario e introdujo otra letra y otra religión, a saber: la validez general y sagrada de la Biblia, y, con ello, se entremezcló desgraciadamente en la causa de la religión una ciencia terrenal, totalmente ajena —la filología—, cuya “influencia consuntiva” será, a partir de ahora, evidente.

“El mismo Lutero, por el oscuro sentimiento de este error, fue exaltado entre gran número de protestantes, al rango de uno de los Evangelistas, y su traducción canonizada”.¹⁹ El desprecio con que Novalis trató el fenómeno de la Reforma no deja de asombrar, pues ella fue, a no dudarlo, la forjadora de la futura Alemania y, al denostarla, parecía revivir la era de las excomuniones con que el papado pretendió asfixiarla. Novalis así se colocaba en una posición incómoda para todos, incluyendo los católicos refractarios ante el prusianismo hegemónico y luterano, pero que buscaban un *modus vivendi* indispensable para sobrevivir.

El balance de Novalis fue devastador: “la historia del protestantismo tampoco enseñó ninguna gran aparición maravillosa de lo supraterranal. Sólo su comienzo brilló por un fuego pasajero del cielo, pronto después se hizo visible el marchitar del sentido de lo sagrado... Con la Reforma acabó la Cristiandad... Católicos y protestantes reformados estuvieron, en divorcio sectario, más alejados entre sí que de los mahometanos y paganos”. El velo inconsútil del Templo Occidental se había rasgado de arriba abajo y todo ya podía ocurrir, destruido el yugo romano, yugo que ayuntaba hasta entonces a pueblos y naciones diversas y divergentes, yugo apaciguante.

La Contrarreforma le parecía a Novalis “admirable” y se negó a tachar las persecuciones inquisitoriales y la crueldad de la conquista americana aun cuando incondicional fue su laudanza de la Compañía de Jesús, que merecía elogios condicionales. Al llegar al momento de la Ilustración, Novalis la entiende en clave negativa: “el resultado de la manera de pensar moderna se llamó *filosofía* y se contaba en ella todo lo que se oponía a lo antiguo, es decir, especialmente toda ocurrencia contra la religión... Por

¹⁸ Carrillo Prieto, *El primer momento angloamericano (Milton, Locke, Harrington, Burke, Paine y Jefferson)*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2013.

¹⁹ Novalis, *op. cit.*, p. 81.

su obediencia matemática y su libertad, la luz se había convertido en su favorita”. Se alegraban de que se dejase romper y jugar con colores y de ahí que denominasen a su gran negocio la “Ilustración”. Una Ilustración que es desencanto y adocenamiento, que le cierra el paso a la imaginación y que niega las infinitas maneras de lo religioso, haciéndole trampa a los hombres.

La anarquía subsecuente fue el crisol de la nueva religiosidad: “De la destrucción de todo lo posible, levanta ésta su gloriosa cabeza cual nueva creadora del mundo... El espíritu de Dios flota sobre las aguas y una isla celestial se hará visible cual morada de los nuevos hombres, cual cuenca de la vida eterna sobre las olas que refluyen”.

Un chispazo genial, imposible de ser materializado, es el que Novalis traza de una vía política nueva:

Observe tranquila y despreocupadamente el auténtico observador los nuevos tiempos revolucionarios. ¿No tiene la sensación de que el revolucionario es como Sísifo? Acaba de alcanzar la cima del equilibrio y ya vuelve a rodar hacia abajo la poderosa carga. *Esta no permanecerá nunca arriba, si no la mantiene suspendida en la altura una atracción del Cielo.*²⁰ Todos vuestros apoyos son demasiado débiles si vuestro Estado adquiere la tendencia hacia la Tierra; mas atádle por medio de un ansia superior a las alturas del Cielo, dádle una relación con el Universo, y en él tendréis un resorte incansable y veréis vuestros esfuerzos ampliamente recompensados... Ojalá que el Espíritu de los espíritus os llenara y desistierais de este insensato empeño de moldear la historia y la humanidad y de darle vuestra dirección. ¿No es ella independiente, autónoma, tan buena como infinitamente amable y profética. Estudiarla, seguirla, aprender de ella, ir a su mismo compás, seguir fielmente sus promesas y sus señales; en eso, nadie piensa.²¹

Perspicaz, advierte el “futuro encumbramiento de Alemania en razón de invertir sus riquezas no en guerras sino en ciencias y artes” (lección que, por lo visto, nunca acaba por entrar en las entendederas “pragmáticas” de los políticos).

Alemania marcha a paso lento pero seguro a la cabeza del resto de los países europeos. Mientras éstos están ocupados en la guerra, la especulación y el espíritu de partido, el alemán se convierte, con todo celo, en compañero de una época superior de la cultura, y este paso adelante ha de darle un gran predominio sobre los otros en el transcurso del tiempo. En las ciencias y las artes se advierte una poderosa fervencia. Se desarrolla el espíritu en la infini-

²⁰ Razón muy distinta a la que Camus descubriría después.

²¹ Novalis, *op. cit.*, p. 93.

tud. Se saca provecho de un filón nuevo y reciente. Nunca estuvieron las ciencias en mejores manos y produjeron mayores esperanzas; las más diferentes facetas de los objetos son descubiertas, nada se queda sin agitar, sin apreciar, sin registrar. Se actúa sobre todo. Los escritores se vuelven más peculiares y poderosos; cada monumento antiguo de la historia, cada arte, cada ciencia encuentra amigos y es abrazada y fecundada con un nuevo amor. Una variedad sin igual, una profundidad maravillosa, una elegancia relumbrante, conocimientos amplísimos y una rica y poderosa fantasía se encuentra, aquí y allá, a menudo audazmente emparejadas.

También esto se trasmutará en locura, la de 1914, ensombreciendo aquella Alemania luminosa, que no supo hacer imperar la concordia racional a pesar de tanta filosofía y tanta ciencia. A cambio, dio a luz al nacionalsocialismo y a una larga noche de vergüenza, traición sacrílega que la postró. Sigue siendo un enigma la dimisión moral de la nación de Kant y Beethoven (como también lo es hoy esa ceguera suya, intransigentemente bancaria y crematística).

Novalis propone una nueva síntesis vista la dinámica histórica:

Ahora estamos a suficiente altura para sonreír amistosamente también a aquellos tiempos pasados, antes evocados, y reconocer asimismo, en aquellas singulares locuras, cristalizaciones notables de la materia histórica. Con gratitud queremos estrechar las manos de aquellos eruditos y filósofos, puesto que esta ilusión tenía que ser apurada para el mayor provecho de los descendientes y tenía que hacerse valer la *apariencia científica de las cosas*. Más seductora y colorida, la poesía se halla como una India engalanada frente a las frías, muertas cimas *de aquel entendimiento de salón*.²²

Tampoco es menor el hallazgo de Novalis al calificar a los ilustrados enciclopedistas franceses como “anacoretas en los desiertos del entendimiento”, lo que no impide para estimarlos como los primeros en

reconocer de nuevo y anunciar la santidad de la naturaleza, la infinitud del arte, la necesidad del saber (Rousseau el más fúlgido entre los luminosos) el respeto hacia lo mundano y la omnipresencia de lo realmente histórico, pusieron fin a un dominio de fantasmas más alto, más general y más temible de lo que ellos mismos creían... Así, pues, venid también vosotros, los filántropos y enciclopedistas, *a la logia pacificadora*, y recibid el beso fraternal, quitad la red

²² Carrillo Prieto, *Cuestiones jurídico-políticas de la Ilustración. Una lectura actual*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2011 (sobre todo el capítulo acerca de Diderot).

gris, y contemplad con amor joven la gloria milagrosa de la naturaleza, de la historia y de la humanidad.

A pesar (¿o en razón?) de sus raptos poéticos, Novalis no olvida qué mundo le ha tocado vivir:

Volvamos ahora al espectáculo político de nuestro tiempo. El mundo antiguo y el nuevo están en lucha, la imperfección y la indigencia de las instituciones políticas que hubo hasta la fecha se han manifestado mediante fenómenos terribles... Entre las potencias beligerantes no cabe concertar la paz; toda paz es mera ilusión, mero armisticio: bajo el punto de vista de los Gabinetes y de la conciencia vulgar, no es pensable ninguna unión. Las dos partes tienen grandes exigencias necesarias y tienen que realizarlas, movidas por el espíritu del mundo y de la humanidad. *Ambas son potencias indestructibles del interior del hombre*; aquí, la devoción por la antigüedad, el apego a la constitución histórica, el amor a los monumentos de los padres del pasado y de la vieja y gloriosa familia estatal y la alegría de la obediencia; allá, el *sentimiento delicioso de la libertad*, la espera incondicional de poderosos círculos de influencia, la fruición de lo nuevo y lo joven, el contacto sin trabas con todos los conciudadanos, el orgullo ante la validez universal humana, la alegría por el derecho personal y la propiedad del todo y el sólido sentimiento civil. ¡Que ninguna de las dos espere aniquilar a la otra, todas las conquistas aquí no quieren decir nada, pues la capital más interior de cada reino no está detrás de terraplenes y no se puede tomar por asalto!... ¡Sólo la religión puede despertar otra vez a Europa y dar a los pueblos seguridad e instalar, con nuevo esplendor, la Cristiandad visible sobre la tierra, en su antigua y pacificadora función!... ¿Dónde está aquella vieja fe querida, fuera de la cual no hay salvación, en el gobierno de Dios sobre la Tierra? ¿Dónde aquella confianza celestial de los hombres entre sí, aquella dulce devoción ante los derramamientos de un espíritu inspirado por Dios, aquel espíritu de la Cristiandad que todo lo abraza?²³

Esta visión no le será ajena, magníficamente engrandecida, a Chateaubriand. En Ginebra, en la estela en la que splende su soberbio y bronceado perfil frente al lago azul, se lee: “A Chateaubriand, quien vió en Ginebra una Ciudad Libre, inspirada por el Cristianismo”.

Para Novalis, el cristianismo “es de tres formas”:

Una es el elemento generador de la religión como alegría ante toda otra religión. Otra, la función mediadora como fe en la omnicapacidad de todo lo terreno para ser el pan y el vino de la vida eterna. Y es la fe en Cristo y en su

²³ Novalis, *op. cit.*, pp. 100-103.

Madre Santísima. Escoged la que queráis, escogedlas a las tres, es lo mismo, seréis así cristianos y miembros de una comunidad única, eterna, indeciblemente feliz.

El proyecto ha sido visto como idealista y no como utópico, pues Novalis lo creyó posible, en el tiempo y el espacio: ni utopía ni ucronía, menos aún si recuerda la conclusión de este extraño y vehemente manifiesto:

Cristianismo aplicado, hecho vivo, fue la antigua fe católica, la idea de estas formas. Su omnipresencia en la vida, su amor por el arte, su profunda humanidad, la indisolubilidad de sus matrimonios, su comunicabilidad, amiga de los hombres, su alegría en la pobreza, la obediencia y la fidelidad, la hacen inconfundible como auténtica religión y contienen los fundamentos de su constitución. Este cristianismo se ha purificado con la corriente de los tiempos; en entrañable, indivisible unión con las otras formas del cristianismo, hará eternamente feliz a esta Tierra. *Su forma casual* está tanto como aniquilada, el antiguo Papado yace en la tumba y Roma ha llegado a ser, por segunda vez, una Reina. ¿No debe terminar por fin el protestantismo y hacer sitio a una Iglesia nueva, permanente? Las otras partes del mundo esperan la reconciliación y resurrección de Europa para unirse y llegar a ser conciudadanos del reino celestial... La Cristiandad tiene que hacerse de nuevo viva y eficaz y formarse otra vez una Iglesia viable, sin respetar las fronteras nacionales, que acoja en su seno a todas las almas sedientas de lo supraterráneo y se haga gustosa mediadora entre el viejo y el nuevo mundo.

Alguno pudiera encontrar, sin esfuerzo, esbozada por Novalis, la convocatoria amplia y el espíritu de renovación de Vaticano II. Con esa esperanza, auténticamente sentida, alegremente alimentada, Novalis aspiraba a contribuir a un nuevo orden de cosas, el de la superación de aquella antítesis religiosa crucial, vigente durante centurias, un extravío necesario en una economía de la salvación, que también es política. Salvación en la *concordia universal* exigida por el cristianismo y que la historia acabaría, indefectible, por imponer.

Si —como quería Novalis— “todo es semilla”, los sistemas filosóficos requieren previamente un momento germinal. Menospreciados por la mayor parte de los ilustrados, que encontraban en ese afán de congruencia una cortapisa innecesaria al libre vuelo del espíritu, los “fragmentos” son la simiente de un futuro vivero de frondosos proyectos sociales y políticos, sistemas de ideas que tienen, como fuente vivificadora, el “sentimiento moral”, la absoluta capacidad creadora, la libertad productiva, la personalidad

infinita tan cara al romanticismo, “la peculiar divinidad en nosotros”.²⁴ Y lo primero que debe tenerse en cuenta es la necesidad de la memoria y lo imposible, moral y políticamente nocivo, que resulta intentar silenciarla o menospreciarla negligentemente: “La Historia no se crea a sí misma. Solo nace por la conexión entre el pasado y el futuro. *Hasta que aquél no esté asegurado por la Escritura y la Ley, no puede llegar a ser éste provechoso y significativo*. Los hombres tratan con demasiado descuido sus recuerdos”.

Para dar ánimos a una reflexión de hondura, Novalis sostiene que “en el sentido más estricto, filosofar es un testimonio del amor más íntimo a la reflexión, *al placer absoluto por la sabiduría*”. A la relativa originalidad del aserto anterior sucede el relámpago genial:

“La posibilidad de la filosofía se basa en la posibilidad de crear pensamientos según reglas, *de pensar verdaderamente en comunidad (el arte de ‘simfilosofar’)*. Si es posible un pensamiento comunitario, es también posible una voluntad comunitaria, la realización de nuevas y grandes ideas”.

Al abundar en esa idea, desliza Novalis la expresión de un misterioso anhelo: “*Un auténtico filosofar —dice— es, pues discurrir comunitariamente hacia un mundo querido*, en el que se revela uno mutuamente en el primer puesto, que hace necesario el mayor esfuerzo ante el elemento de resistencia en el que se vuelva”. Aparece, a continuación, su dictamen: “Fichte es el refundidor de la crítica kantiana —el segundo Kant— el órgano superior... El plan de Kant era suministrar una crítica universal, enciclopédica, pero no la ha realizado totalmente ni con la misma suerte en todo lo efectuado. Lo mismo vale de la elaboración fichteana del plan de la crítica kantiana”.

Con el interés puesto por Novalis a la obra de Fichte, queda tendido el puente y trazado un nuevo camino que va desde el universo ilustrado hasta la nueva concepción del trabajo filosófico sistemático: “Igual que la filosofía fortalece, mediante el sistema y el Estado, *las fuerzas del individuo con las fuerzas de la humanidad y del universo, convierte al todo en órgano del individuo y al individuo en órgano del todo*”.

El propio Novalis, en los *Fragmentos*, desvela uno de los resortes de su obra al proponer que el “deleite de la creación” estriba en la polémica para arribar al “deleite de la síntesis”. No sin cierta oscuridad, propia de la época filosófica en que se desarrolló, Novalis abunda advirtiendo que para Fichte, la teoría

tenía las características de una auténtica representación; la parte práctica, la educación y la formación del no-Yo para llegar a ser capaz de una verdadera

²⁴ Novalis, *Fragmentos*, Madrid, traducción de M. Truyol, 1977, p. 115.

influencia, de una verdadera comunidad con el Yo. Así también, la formación propia, paralela, del Yo. La moralidad pertenece, pues, a los dos mundos; aquí como fin; allí como medio y es el vínculo que une a ambas. Filosofar es un autorrelato de la índole indicada, una autorrevelación propiamente dicha, excitación del Yo real por el Yo ideal. El filosofar es la base de todas las otras revelaciones. La decisión de filosofar es una exhortación al Yo real para que reflexione, despierte y deba ser espíritu. Sin filosofía, ninguna auténtica moralidad, y sin moralidad ninguna filosofía.²⁵

En los fragmentos antropológicos de Novalis aparece una alta idea de lo humano, casi heroica: “Llegar a ser hombre es un arte”, dice, para añadir una propuesta seductora:

Hombre consumado, ser personal, esto es la destinación y el impulso original en el hombre. El hombre consumado tiene que vivir, en cierto modo, a la vez en varios lugares y en varios hombres. Ha de tener constantemente presente un amplio círculo y múltiples sucesos. Aquí se forma entonces el verdadero y grandioso presente del espíritu, que hace al hombre auténtico ciudadano del mundo y le robustece en cada momento de su vida merced a las asociaciones más bienhechoras y le pone en el lucido estado de ánimo de una actividad reflexiva.

Para entender la ciudadanía “globalizada” de Novalis es preciso recordar lo que postuló en sus últimos *Fragmentos*:

“Hay tres masas de personas principales: bárbaros, salvajes civilizados y europeos. El europeo está tan por encima del alemán, como éste sobre el sajón y el sajón sobre el habitante de Leipzig. Sobre él está El Ciudadano del Mundo. Todo lo nacional, lo temporal, lo local e individual se deja universalizar para canonizar y generalizar”. Antes que imposiblemente profético, Novalis es una excepcional conciencia de los males europeos de la época, pero también del gran impulso por hallar el camino correcto, que él describió otra vez fragmentariamente: “*El corazón es la llave del mundo y de la vida. Se vive en esta situación desvalida para amar y estar comprometido con los demás.* Pueden reconocerse los ecos de Rousseau, de un Rousseau cristianizado”,²⁶ otro puente, uno más entre Ilustración y romanticismo.

Los *Fragmente* de Novalis, conjunto heterogéneo de aforismos de toda índole, materia prima de una *Enciclopedia* nunca lograda, desconcertaron

²⁵ Novalis, *op. cit.*, p. 129.

²⁶ Carrillo Prieto, *Ante la desigualdad social: Rousseau, precursores y epígonos*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2012.

muy explicablemente a los lectores en su día y siguen siendo, en gran parte, indescifrables.²⁷

Kostas Alexos los adscribe en la tendencia opuesta a la de los sistemas filosóficos monumentales, de Aristóteles a Hegel, en “la tradición subterránea” la de Heráclito, Pascal y Nietzsche y —añade— la de Leopardi, Ciorán y Bataille...

“El libro debe fluir en forma de un relato o brillar en forma de un destello”, decía Roland Barthes. Es el caso de los aforismos novalistas sobre el derecho y el Estado, resultado de una reflexión política muy original, a contracorriente de la ilustrada del siglo XVIII. Alexos advierte la necesidad, ante toda “enciclo-pedia”, de asumir su carácter circular; “como su nombre lo indica”, pues las remisiones recíprocas, el juego de las ideas entre ellas mismas, es lo que le otorga ese su carácter de saber abierto e inacabado y donde reside su fuerza cognitiva.

De ahí su virtualidad creativa y la conveniencia de dar aquí una idea de los *Fragmente* políticos y jurídicos. Novalis —concluye Alexos citando a Heidegger y a Hegel— piensa la misma cosa: aniquilar el principio de contradicción para salvar la contradicción como estatuto de lo realmente real.

He aquí algunos de los “fragmentos” poco conocidos, para la construcción de una distinta e inquietante “idea del Estado”:

(1522) “El Estado es una persona, como el individuo. El Estado es para los hombres lo que el hombre es para sí mismo. Los Estados seguirán siendo diferentes mientras los hombres lo sigan siendo entre ellos. En lo esencial el Estado, como el hombre, es siempre el mismo”.

(1524) “En nuestro sentido jurídico, la propiedad es solamente una noción positiva, es decir que cesará con el estado de barbarie. La propiedad es aquello que brinda la posibilidad de exteriorizar la libertad en el mundo de los sentidos”.

(1529) “Hay que entablar un proceso contra la misma jurisprudencia. La jurisprudencia contiene en sí misma el principio de su mejora, su purificación. Las *responsa prudentium* y el *ius consuetudinatis* deben ser atacados”.

(1530) “La teoría del derecho no es más que lógica política. De la misma forma que la lógica no es otra cosa que filosofía jurídica. La metafísica se comporta respecto a la lógica como la ética respecto a la teoría del derecho”.

(1531) “Toda ley puede servir de fundamento a una demanda. La demostración jurídica implica: a) que la ley pueda ser aplicada al caso concreto; b) que la ley tenga validez en ese caso; c) que haya sido violada o esté amenazada de ello. El *petitum* es una llamada a la fuerza de la ley para que

²⁷ Hemos acudido a la traducción castellana de F. Montes, *La Enciclopedia*, Madrid, 1976, pp. 368-384.

actúe eficazmente. El proceso constitucional —o científico— es de clase completamente diferente. Una corrección, amplificación o desarrollo del ordenamiento jurídico, motivados por un solo caso, debe dominar en este caso la exacta comparación de las leyes disponibles que se refieran al caso, la atención a la analogía aplicable y la consideración de los principios generales del espíritu legislativo. Este proceso es absolutamente científico”.

(1536) “Si la Confederación Helvética hubiera decidido otorgar a cada uno de los cantones que la integran la misma forma de constitución, haría ya tiempo que Suiza se hubiese disuelto, y esta disolución hubiese sido tanto más rápida en la medida en que estuvieron organizados aquellos de una manera más uniforme, más artificial. La regla de la naturaleza es *la infinita variedad de las formas y la unidad en el principio que las engloba a todas*”.

(1540) “Cuanto más sencillas sean las leyes, tanto más difícil es su aplicación. La simplificación no es, pues, un medio de fomentar la apatía sino un medio para provocar la actividad suprema, el estímulo supremo. El principio más elevado provocará la actividad más elevada y la necesaria”.

(1545) “La política es una ciencia, *un arte histórico y cultivado*”.

(1551) “El espíritu mercantil es el espíritu del mundo. Es, pura y simplemente, el espíritu *grandioso*. Todo lo pone en movimiento y todo lo une. Estimula a las ciudades y a los Estados, a las naciones y a las obras de arte. Es *el espíritu de la cultura del perfeccionamiento de la especie humana*”.

(1554) “La *posesión* se ennoblece a través de la *propiedad*, así como el placer corporal se ennoblece mediante el matrimonio”.

(1563) “Los hombres de carácter son instrumentos. *Por eso, en el Estado, hay que poseer también un carácter interior*”.

(1573) “Sobre el *principio negativo* del Estado (seguridad) y el *principio positivo* del mismo (seguridad en el sentido superior) hay la misma relación que entre la *policía y la política*”.

(1574) “Nuestro Estado no es casi nada más que *instituciones jurídicas*, solamente *organismos de defensa*. No es ni instituciones de enseñanza, ni academias ni asociaciones artísticas, o cuando menos lo es de forma muy deficiente. Esto lo deben suplir los hombres, a través de *coaliciones especiales*”.

(1575) “*La Constitución* es la fórmula de construcción de un Estado”.

(1576) “*El derecho de gentes* es el comienzo de *una legislación universal, del Estado universal*. República y monarquía unidas completamente mediante un *acta*”.

(1578) “El hombre ha intentado convertir al *Estado* en una almohada *para su pereza* cuando el Estado, precisamente, debe servir para lo contrario. *Es un bastidor de la actividad general. Su objetivo es hacer a los hombres absolutamente poderosos y no absolutamente débiles*, convertirlos no en los seres más indolentes

sino en los más activos. El Estado no libera al hombre de ningún esfuerzo sino que, antes bien, multiplica hasta el infinito sus dificultades, no sin aumentar, claro está, su fuerza al infinito”.

(1579) “*El problema principal del político* es la adecuada y sistemática ocupación de la masa humana. Cuanto más grandes sean las contribuciones, cuanto mayores sean las necesidades del Estado, tanto más perfecto es el Estado. *No debe existir ninguna contribución que no suponga una garantía* para el individuo. ¡Qué elevadas serían las cantidades que un hombre debería gastar fuera del Estado para conseguir seguridad, protección jurídica, buenos caminos, etc.! Solamente quien no viva en el Estado se quejará de los impuestos. *Los impuestos pueden ser considerados como el salario del Estado, que es un hombre muy poderoso, muy justo, muy listo y muy divertido*”.

(1574 bis) “*La necesidad más perentoria del hombre es la necesidad de un Estado. Para llegar a ser hombre y continuar siéndolo, se necesita de un Estado. El Estado tiene derechos y deberes naturales, exactamente igual que el individuo. El hombre sin Estado es un salvaje.* Toda la cultura proviene de las relaciones del hombre con el Estado. Existen Estados salvajes, civilizados, morales e inmorales, geniales y filisteos. Los Estados se educan a sí mismos o son educados por otros Estados”.

(1584) “*La igualdad absoluta* es la obra de arte suprema, el ideal, pero no es natural. *Por naturaleza los hombres son relativamente iguales*, lo que equivale a la antigua desigualdad. *El fuerte tiene un derecho más fuerte*”.²⁸

(1584 bis) “Pocos hombres son realmente hombres. Por eso es sumamente incongruente presentar *los derechos humanos como si realmente existiesen*. Sed hombres; *entonces los derechos humanos* os corresponderán automáticamente”.

(1587) “*Libertad e igualdad unidas forman el carácter supremo de la república*, o de la auténtica armonía”.

(1588) “La república es el estado filosófico. El republicano es filosofismo político”:

(1589) “En general, la verdadera cultura hace disminuir el número de las leyes. *Las leyes son el complemento de las naturalezas y de los seres deficientes y, por lo tanto, son sintéticas*”.

(1591) “El Estado siempre ha sido dividido, instintivamente según el discernimiento y el conocimiento relativo de la naturaleza humana. *El Estado* ha sido siempre un *macroántropos*. Los gremios asimilados a los miembros y a las fuerzas individuales, los estamentos asimilados a los poderes. La nobleza era el poder moral; el clero, el poder religioso, los sabios el poder intelectual. El rey, la voluntad y *el hombre alegórico*”.

²⁸ Recuérdese a Calicles y la crítica platónica al “derecho del más fuerte”.

(1596) “Estado e Iglesia son solidarios en su subsistencia y en su caída. Los filósofos o los pensadores sistemáticos, son necesariamente monárquicos y religiosos”.

(1597) “En el Estado, todo derecho privado y toda propiedad deben ser documentados históricamente. Lo que no pertenece *expresamente* a alguien, pertenece al Estado. *El Estado, como el matrimonio, es un contrato sancionado por la Iglesia*, es una unión personal. Lo que posea el ciudadano particular lo ha recibido del Estado. Los impuestos son la remuneración del Estado”.

(1601) “El Estado se divulga raramente entre nosotros. Debería haber heraldos del Estado, predicadores del patriotismo. *Actualmente, la mayor parte de los ciudadanos están con él en pie de igualdad, en una actitud muy próxima a la hostilidad*”.

El conjunto de las reflexiones anteriores de Novalis responde no solamente a una poderosa imaginación inquieta y a la herencia de la Ilustración, que permitía un examen menos dogmático de la política y el derecho, sino que lo hace también ante la realidad del lugar y del momento que le tocaron vivir. Alemania, como tal Estado, no existía aún, y la hegemonía en esa zona geográfica y espiritual sería pronto disputada entre Austria y Prusia, esta última inficionada de militarismo y belicosidad. Novalis está anímicamente más cerca de Berlín que de Viena, de ahí la inquietante y totalitaria manera suya de enfocar al Estado, ese “macroántropos” de su propuesta. El Estado mereció mucho más su atención que el derecho, pues la falsa dicotomía entre ambos no había podido todavía ser superada en aquel entonces.

No obstante la incapacidad teórica para asumir que el Estado es derecho para ser legítimo y eficaz y que no hay derecho sin Estado, ni puede haberlo, no falta mérito ni agudeza a sus concepciones, asombrosas en muchos casos, de las encrucijadas del derecho y la política, Novalis ofrece, ante todo, un ejemplo y una lección: la preocupación y constante vigilancia de las realidades estatales y la ductilidad intelectual para mirar ese universo sin el lastre de las preconcepciones y proponer nuevos proyectos de mejora de la mayor y más universal empresa colectiva que la historia registre. Aparece Novalis, cosmopolita y mercantilista y su fantástica concepción, como un heraldo mayor del romanticismo político. Campeón del claroscuro, quedó caracterizado desde que sus *Himnos a la noche* la hicieran a ésta inefable, y así con todo lo demás, incluido al Estado. A él le proporcionarán las insignias de la inmortalidad literaria. Ya se ve que fue algo más y algo menos que escritor y ensayista: fue, y sigue siendo, un enigma, quizá más abstruso que el encerrado entre sus críticas letras.

Novalis, Schlegel Schleiermacher son, en el romanticismo político-jurídico alemán, las figuras cimeras. Se aproximaron al liberalismo en la medida en que estimaban necesario poner límites a la actividad del Estado,²⁹ para defensa de lo social contra la supremacía de lo político:

Para los románticos los ordenamientos, políticos y sociales no se construyen sobre la base de elaboraciones racionales; son resultado de un desarrollo histórico, pero sobre todo *natural*... Lo que se quiere demostrar es una suerte de permanencia de los miembros fundamentales del organismo, las comunidades humanas, familia, clases sociales, nobleza, clero, monarquía, instituciones, que han existido siempre, siguiendo y asegurando un *libre juego de las fuerzas éticas y vitales*, cuando los hombres que las componen se identifican con ellas, *desarrollan coherentemente el tipo humano ligado a esas funciones* y no consideran posible reemplazarlo por otros. Sólo si existe este vínculo estable entre hombres e instituciones puede hablarse —dice Cesa— de *representación política, porque los diputados no serán los portadores de la cambiante opinión de una reunión de individuos, sino de los intereses de cuerpos sólidos y permanentes*.

Para el profesor italiano, la contribución teórica más interesante se encuentra en la *polémica contra el constitucionalismo liberal, calificada por los románticos como “la ideología de la burguesía financiera”*.

Baader pone en circulación la palabra “proletarios” como muestra del interés de los románticos por la condición social y económica de los obreros y se aprovecha de las reflexiones de Lamennais en *L’avenir*³⁰ contra la economía industrial.

Cesa sugiere *ver en la dialéctica, no trídica sino antitética, el rasgo distintivo del romanticismo político*. “Es el contraste de dos términos, ninguno de los cuales se resuelve nunca en el otro... Jamás se es *Hombre* sino campesino, eclesiástico, soldado, burgués y siempre en un ámbito territorial, lingüístico, religioso, nacional bien preciso. Y cuanto más en un Estado abundan los elementos antitéticos su vida será más rica y sana”.³¹

Para esta investigación comporta especial importancia advertir que en la elaboración conceptual romántica de Constant y Chateaubriand, la *rebeldía individualista* es lo más fértil de sus obras:

El admirado *orden orgánico*, pasado o futuro, es siempre un arma para criticar el presente. Lo que explica que los románticos políticos, aún predicando el

²⁹ Cesa, Claudio, *op. cit.*, pp. 1473 y 1474.

³⁰ Cfr. el tema en Carrillo Prieto, *Derechos entre adversidades*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2014, especialmente el apartado sobre Lamennais.

³¹ Cesa, *op. cit.*, p. 1475.

orden, fueron en realidad, casi siempre, *elementos de desorden*. Fueron ellos, por ejemplo, quienes luego de haberse convertido en paladines de la Casa de Austria, contribuyeron a difundir, después de 1815, el descontento frente a la Restauración de Metternich³² que impidió a ésta tener algún prestigio entre las clases cultas y las jóvenes generaciones. En Francia —añade Cesa— las cosas no anduvieron de manera muy distinta: *Chateaubriand, Lamennais o Constant dieron lo mejor de ellos mismos en la oposición*.

³² Carrillo Prieto, *op. cit.*, especialmente el apartado sobre la política interior de Metternich.